

## Estampa de San Martín

Discurso pronunciado en el Aula Máxima del Colegio del Rosario en sesión de la Sociedad Sanmartiniana, homenaje al Señor Canciller de la República Argentina.

Tengo a honra el traer aquí la adhesión del gobierno y pueblo del Ecuador, a esta glorificación de San Martín en la capital de Colombia y, además, la especial y oportuna de la ciudad de Guayaquil, sitio donde perdura, también en bronce, el momento culminante del héroe magnánimo que dio ahí término a su carrera de triunfos, coronándola, sublimándola, con el ademán viril de su abnegación y renunciamento.

Esa cima moral de su historia, voces alternas la han proclamado tan pronto el Gólgota como el Tabor del héroe. A esta distancia secular, surgir le vemos ahí, de entre los velos de la leyenda y aun de la calumnia, transfigurado en su propio sér, encarnando su verdad más íntima, en aquel rasgo, desgarrador y sereno, del desprendimiento, para dechado y tutela del bien de América. Hermes Trismegisto, lo llamó Sarmiento.

Señores: Muchas son las maneras de ser grande. Si no tan innumerables como las maneras de ser cuitado y mezquino, ninguna excelsitud excluye a las demás, ni aun a su contraria. De la majestad cesárea a la toca monjil, del profeta vociferante al trovero ingenuo, o del vencedor de los Andes al vencido invencible de Casacoima, los infinitos matices de la grandeza de ánimo se funden sin discontinuar, en ese como arco-iris de la esperanza, que la historia, por

encima de sus tormentas, tiende sobre la angustia de la humana estirpe, perseverante en su fe de un destino siempre más alto que su dolor. Aun el mundo actual todavía vive de esa fe.

Preferir no es disminuir, y tributar, por sentimiento o inclinación, culto más íntimo a tal o cual de entre los grandes, no es alterar el fiel de la inteligencia. Admirar y amar van casi siempre juntos, y el gradual, ascendente enlace del amor y el conocimiento sólo llega a la plenitud de su doble iluminación ante los héroes que nos guían más allá de nosotros mismos.

Bolívar y San Martín nos sobrepasan así, y llevan nuestra euforia americana del uno al otro confín de este su continente. Hitos que avanzan con el tiempo, seguirán destacándose en el futuro al igual que marcaron el otro de nuestra América una y única.

Así se resuelven por lo alto las vanas disputas de los hombres en torno a la supuesta rivalidad de los dos héroes epónimos.

Bolívar mismo, con la relampagueante vividez de esos sus aciertos de expresión que revelaban de súbito una alma sin repliegues, cuando la creían encapotada de celos o de prevenciones, dijo de San Martín el elogio definitivo; y él, que podía alardear de primogenitura, llamóle “el hijo de la patria”. Y en qué gran concepto, estrictamente militar, no le tendría Bolívar, cuando le escribió: “Al saber que vuestra excelencia ha hollado las riberas del Perú, ya las he creído libres... Sin duda que más fácil es entrar en Quito que en Lima; pero vuestra excelencia podrá hacer más fácilmente lo difícil que yo lo fácil”.

Correspondiendo al saludo que San Martín le enviara desde el Perú y aprestándose ambos a su entrevista de gigantes, Bolívar le escribió desde Bogotá, en 1821: “Ese momento lo había deseado toda mi vida, y sólo el de abrazar a vuestra excelencia y el de reunir nuestras banderas puede serme más satisfactorio. El vencedor de Chacabuco y Maipú ha olvidado su propia gloria al dirigirme sus exagerados encomios; pero ellos le honran, porque son el testimonio más brillante de su bondad y propio desprendimiento”.

Y le dice luégo: “Marcharé a saludar a vuestra excelencia en Quito”. Quito se llamaba entonces la nación entera, nación antigua, de la que forma parte, desde sus orígenes, la provincia de Guayaquil. Hoy se denomina con nombre adventicio, del que parecen derivarse, como de un signo, muchas de sus desgracias. “Mi alma se llena de gozo, le repite Bolívar a San Martín, cuando contempla aquel momento. Nos veremos y presiento que la América no olvidará el día que nos abracemos”.

Con Ricardo Rojas, el grande escritor argentino, diré también yo, aunque sin deducir las mismas conclusiones que él: “No ha olvidado la América, ciertamente, aquel día”.

Guayaquil fue la piedra de toque de esos dos metales, los más nobles que hayan cuajado las entrañas de la raza en América. Irradiante, incoercible el uno; tan sólido el otro, que su toledano temple no se rompe ni al doblegarse; antes bien, da su más puro són al decir su adiós a las armas. “Si algún servicio tiene que agradecerme la América es el de mi retirada”, escribió más tarde San Martín al presidente del Perú, general Castilla. Acaeció, pues, que en Guayaquil, los dos héroes, al encontrarse, se adivinaron; y si no se compenetraron, se crecieron al asumir cada cual su sín. “Serás lo que hay que ser, o no eres nada”, era el lema de vida que San Martín se reiteraba a sí mismo.

El silencio de San Martín dejó envuelta en el misterio esa conjunción astral de la que salió Bolívar a nueva y más ingente luz, y San Martín a un ocaso meditabundo. Cada día que pasa, a los reflejos de la verdad que ha ido apareciendo y que es ya casi total, y que pronto será inmutable, la contemplativa mirada de la historia ve arrebolarse ese ocaso con los tintes más sublimes de las virtudes estoicas que gravitaron en la grande alma de San Martín.